



Teresa Calderón

Andrés Sabella

Teresa Calderón inicia su carrera literaria, con un libro de título desalentador, pero, graciosamente, intencionado: "Causas perdidas". Se escucha cómo sonríe detrás de estas palabras, porque, ¿cómo dudar de la seguridad que la asiste acerca de la validez y permanencia de las causas de la poesía?

De todas las palabras que se vuelcan al viento, solamente las del poeta quedan allí, poderosas y largas de palpitación, indiferentes al tiempo y al olvido implacables: son las únicas que no se pierden. Las causas de la poesía son las esenciales del hombre y, por tan capital energía, duran y perduran:

"Cierto es —científicamente— que concentra-

da y en las altas dosis la sopa de letras —léase: la sopla de letras— resulta infalible",

("Ars Dixi")

Teresa Calderón —quien lo hereda, no lo hurta— viene de un tronco generoso de nuestras letras y ha logrado una victoria singular y valiosa: no parecerse, ni en una rama, al padre, siendo ella, enteramente, ella, en su ironía, en sus ternuras y en el acopio de donaires mentales que la acompaña:

"Los ciegos tienen ojos hacia adentro. Tienen suerte"

("Ciegos")

Un hai-kai que Moritake no habría desdeñado.

Poesía es la de Teresa Calderón labrada en una conciencia de buen engaste: breve y lozana, erguida en las ondas de una cabeza joven que vive llena de vigor, "sin mayores aspavientos/ con la sentencia exacta/ lo define todo", (pág. 61) No es la poetisa melancólica que palidece entre rosas marchitas, las verdaderas causas perdidas, sino la poeta que florece en versos de flamante y flameante simpatía lírica.